

DEGASO

REVISTA MENSUAL

MONTEVIDEO — URUGUAY

DIRECTORES: Pablo de Grez — José María Dieguez

Noviembre 1919.

Num. XVII - AÑO II

LOS CORCELES DE FUEGO

—A ciencia cierta, ¿por qué el padre Júpiter, querido maestro, condenó al suplicio a Prometeo, encadenándolo a la roca del Cáucaso? —interrogó uno de los jóvenes discípulos del Pórtico.

Crisipo de Tarso dió aún unos pasos sobre las grandes losas de mármol, seguido por la teoría nevada de sus jóvenes oyentes, y de pronto se detuvo, sin desplegar los labios. Era un hombre joven, pero grave; de ojos azules; de poblada cabellera rubia. Vestía pulcramente y gustaba sobremanera de los higos. Pocos había, entre los más reputados filósofos, que osaran medirse con él. Era maestro en dialéctica, y tan bien sutalizaba, que llegó a vencer a Carneades. Había inventado muchos sofismas, entre otros el llamado del «Cocodrilo». Su ciencia era inmensa; condensaba todo el saber de su tiempo. Por saber de todo, hasta sabía que la Tierra era plana; que Temistoclea, sacerdotisa de Delfos, fué madre sin dejar de ser virgen; que hay una palabra que mata las serpientes y otra que detiene al águila en su vuelo; que un padre podía casarse con su hija, y que el Fenix de Arabia vive en el fuego. Epicúreos y académicos le temían; los hombres graves le envidiaban; los jóvenes se parecían por oír sus discursos. Algunas cortesanas habían aprendido con él el arte del bien decir y a modular bien las palabras.

Bajo el pórtico, tempestado de sol, el sabio maestro se detuvo un instante. Todos los ojos estaban puestos en él.

Pero él parecía absorto en la contemplación de una paloma que daba de comer en el pico a sus pequeñuelos, allá arriba, en el capitel de una columna. El silencio se distendía y agravaba; pero nadie se atrevía a reiterar la interrogación que de súbito había lanzado el joven ateniense.

Al fin Crisipo pareció volver de su muda contemplación y moduló:

—Ved esa colomba que da de comer a sus pequeñuelos; quiere para ellos la vida: otro ser más alto, sin embargo, quiso para su prole la muerte. ¿ Conocéis el mito del usurpador del trono de Urano ?

—Hablad, maestro,—insinuó curioso el discípulo que le había interrogado antes.

—Cronos se llamó siempre entre nosotros, los griegos, el usurpador; pero los latinos, según tengo oído, le han designado con el nombre de Saturno. Un oráculo había predicho a Cronos que uno de sus hijos le usurparía su reino, lo mismo que él lo hizo con Urano. Entonces, para eludir ese destino, dícese que el temible dios se comió a sus propios hijos. Vesta, Ceres, Juno, Plutón, han sido devorados, como lo sabéis; pero Júpiter fué salvo merced a la habilidad y diligencia de su madre, la reina Rhea, que para librar de su destino a aquel hijo, huyó a Creta y confió el niño a la cabra Amaltea. Entonces, andando los tiempos, la profecía se cumplió: Júpiter, ya hombre, atrajo a su partido a los Ciclopes que trabajaban con Vulcano bajo tierra e hizo la guerra a Saturno y a los Titanes. Así cayó de su trono el Dios que había derrocado a Urano y así Júpiter llegó a ser el Dios de los Dioses.

—Conocemos el mito,—insinuó orgullosamente uno de los jóvenes discípulos.

—Pues bien,—prosiguió el maestro,—encumbrado Júpiter al trono de los Dioses, fué, más que otro alguno, celoso de su poder omnisciente. No persiguió a su prole, como Cronos; pero no permitió que nadie, ni Dios ni hombre, pusiera la mano sobre sus celestes prerrogativas.

Quien quiso, siendo mísero mortal, remontarse hasta el cielo, tuvo derretida la cera de sus alas, y rodó muerto por la tierra. Quien pretendió, siendo de esencia divina, guiar el carro del Sol, se vió despeñado del espacio, arrastrando en su caída los signos del Zodíaco y los planetas horrorizados. Pero, sobre todo, cuidaba el Dios de los Dioses de la intangibilidad del fuego.

—Su cetro es una piña, emblema del fuego sagrado y en la diestra tiene Júpiter un manojo de rayos,—dijo el joven que antes había hablado, para lucir lo que sabía.

—Así es,—asintió Crisipo,—porque el fuego es el arma omnipotente que todo lo avasalla en el mundo y en el cielo. El fuego es la creación y por el fuego llega la muerte. El fuego es la luz del día y por él llega el reino de la eterna sombra. El fuego es un corcel encabritado que ninguna mano retiene, como no sea la mano de Júpiter.

Entonces, bajando la voz, con acento más grave y profundo, prosiguió el filósofo:

—Un día, el hijo de Japet y de Clímene, el ambicioso rey de los Titánidas, tuvo un deseo sacrílego. Viendo cruzar por el cielo, flamíferos, hirsutas las crines, centellantes los ojos, en botes tremendos y vertiginosos a los corceles de fuego, soñó con embridarlos, para detenerlos o guiarlos a su antojo. Si conseguía realizar tamaña hazaña, se igualaría al Dios de los Dioses, porque él solo es capaz de gobernar el rayo. Y entonces Prometeo, en pié sobre una roca del Cáucaso, recogidos los músculos y altivo el corazón, esperó que la manada de potros fulgurantes cruzaran a su alcance. De pronto un relincho formidable cruzó fanático entre las nubes, y encabritándose en rápidos zig-zags, un corcel de fuego cruzó sobre la cabeza del temerario. Mas el rápido fué el bote del salvaje corcel, más rápido fué el ademán del padre de Deucalión. Retembló la tierra y todo el cielo quedó iluminado en una llamarada enorme; pero la diestra de Prometeo, cerrada como un garfio sobre la crines centellantes, retuvieron al

celestes corcel. ¡Otro ser que Júpiter había retenido al rayo! ¡Comprendéis ahora?

Hubo un gran silencio en torno del filósofo. La visión de aquel héroe crispando su mano sobre el fuego sagrado que nadie en el mundo ha osado retener, llenaba las almas de espanto. Dijérase que por oír la recitación de la tremenda hazaña, todos se consideraban cómplices del sacrilegio y temían un nuevo castigo del padre de los Dioses. Pero, ya un ademán del maestro serenaba los espíritus:

—Ahora sabéis a ciencia cierta, mi amado Aristipo, porque Júpiter suplició a Prometeo encadenándolo sobre aquella misma roca del Cáucaso desde la cual había robado el fuego del cielo. Después de ese castigo tremendo, nadie ha osado repetir la aventura, ni nadie lo osará jamás. ¡Quién podría poner su mano sobre el rayo? Vámonos a cenar, amigos míos.

* * *

Han transcurrido ahora varios siglos desde que aquel admirable sofista que fué Crisipo de Tarso puso término a una de sus lecciones del Pórtico con aquel interrogante que es una decisiva negación. Otros hombres y otros maestros pululan sobre el planeta. Las columnas de Hércules no son ya el linde del mundo conocido. La fabulosa Atlántida, presentida por Platón, ha surgido del seno de las olas, merced al genio de un osado navegante. En la nueva tierra, ignorada de los antiguos, rumores y trabaja toda una humanidad. Y en medio de esa humanidad, alienta un hombre, que parece la reencarnación del antiguo rey de los Titánidas.

Es un hombre silencioso, grave y pensativo. Todos sus semejantes cruzan por su lado, sin reparar en él. Los hay, entre aquéllos, más ricos y más poderosos, más bellos y fuertes, más conocidos e influyentes. El es una mónara, nada más; un granito de arena en el mar de la vida. Pero

ese oscuro ser, grave y silencioso, estudia y medita. Como el Titán de la leyenda, ha visto encabritarse entre las nubes a los indómitos corceles de fuego. Como el héroe antiguo se ha dicho que acaso fuera factible poner riendas a los hirsutos potros cuyos relinchos estremecen los ámbitos y cuyos botes formidables desarraigan encinas seculares y convierten en añicos columnas monumentales como la que en Argelia sostenía la colosal estatua de la Victoria. Y como ese hombre lee mucho, ha leído también en un olvidado in-folio una vaga referencia a la negación del filósofo de Tarso. «Nadie ha osado repetir la hazaña de Prometeo, ni nadie lo osará jamás».

Entonces ese hombre, con quien departe familiarmente todas las mañanas la rústica mujer que le trae la leche: «tiempo caluroso, mister Benjamín, pronto tendremos tormenta»;—o bien:—«hoy la leche es de la colorada, porque tengo la vaca negra enferma»;—entonces ese hombre que se llama Mr. Benjamín, como cualquier palurdo o general, empieza a meditar en el terrible problema. ¿No habrá una mano humana capaz de ponerle freno a los flamígeros corceles para detenerlos en su salvaje galope y guiarlos como mansos corderillos?

¡Locura temeraria! Pero en tal locura piensa el hombre grave y silencioso. Y un día empieza a levantar una torre, para acercarse a los cielos. Los pacíficos y buenos vecinos se preguntan asombrados para qué quarrá el buen hombre aquella torre. Un magistrado, hombre de mucho peso porque está suscriptor a un diario de mucha circulación, y un pastor, hombre de inmenso prestigio porque recita de memoria versículos enteros de la Biblia, sonríen cuando contemplan la torre del hombre grave y pensativo.

—Para palomas, esa fábrica es muy cara, —dice al primero,—cada paloma en costará el precio de trescientos cincuenta ladrillos.

—Acordáos de la torre de Babel,—repite el segundo, con tono profético y ademán cabalístico.

Pero el hombre continúa elevando su torre; y cuando la ha concluido, de un modo absurdo y risible, la corona con una larga aguja de metal, de la que pende un hilo de alambre.

—Esa flecha,—interroga uno,—¿ es para cazar pájaros ?

—No,—replica otro,—debe ser para zurcir los desgarramientos de las nubes.

El hombre nada contesta. Las burlas e indirectas de la multitud le dejan impasible. Las sonrisas de las gentes le dejan calmo. Pero un buen día en que sobre la orgullosa población se cierne una tremenda tempestad, y en que cada cual se encierra en u covacha temerosamente, él sale fuera y se encamina a su torre. Todos huyen de los aligeros corceles de las nubes que siembran la muerte con el chispeo de sus herrados cascos; sólo el viejo Benjamín no los teme.

Y entonces, en una hora memorable para la historia del mundo, se renueva la lucha trágica entre el hombre, y el Dios. Júpiter ha visto aquellos temerarios preparativos del nuevo Prometeo y apronta su castigo. Ha llamado a Bóreas para que lance sobre la tierra sus más desoladores alientos, y él mismo ha reunido el tropel de sus indómitos potros. En el seno de las nubes hierve horrisona tempestad. Los horizontes están lívidos. El eco repite, hasta el confín, el sordo redoble de los cascos de la hirviente manada.

Y llegan, al fin, en una galope frenético y desordenado los corceles de fuego. Sus relinchos horrisonos taladran el espacio. Con botes gigantescos saltan de nube en nube. A veces, salvajamente, se encabritan enloquecidos, y de súbito se vuelvan hacia atrás, o zigzaguean de lado, o se despeñan hacia adelante, rígido el cuello, envarados los remos, todos en una línea oblicua, como saetas. Y cada vez el salto frenético restalla con un clamor trepidante y horrible, mientras la silueta indómita resplandece cárdena, con lívidos espectrales.

Eiendo por adelantado de su triunfo, llega Júpiter. Su diestra ha empuñado la crin del más bravo de los corce-

les; y así le mantiene, excitando su cólera. El animal hierve de coraje, ansioso de abalanzarse en un salto colosal. Pero el padre de los Dioses mide tranquilamente su golpe. Quiere castigar en lo más íntimo del alma a aquel mezquino ser que allá abajo, sobre su torre, ha osado desafiarse su cólera. Y de súbito una idea fulgura bajo su frente.

—Pasarás sobre la cabeza de ese hombre—ordena a la ciega bestia;—pasarás sobre su cabeza, pero sin tocarle; pasarás sobre su torre sin detener tu galope, para demostrarle que no hay riendas que te sujeten y castigarle en su necio orgullo; y luego, viboreando hacia aquel lado, te desplomarás sobre su hijo, para concluir con su raza. ¡Vé!

Apenas se abrió la mano, saltó el rayo. Hubo un resplandor inmenso. El ámbito fosforeó entero. Allá abajo la tierra pareció bañada en un ciclón de lumbre. Y el tableteo infernal y desgajante empezó a saltar de nube en nube.

En pie, sobre su torre, el hombre vió surgir del antro de la tormenta al corcel de fuego y casi en el mismo instante advirtió la traicionera gambeta con que pretendía huírle. Entonces, irguiéndose terrible, en un desafío colosal al Dios que adivinaba allá arriba, gritó:

—¡Aquí!

La chispa de fuego no le obedecía: dibujada la Z gigantesca del nombre de su dueño en el espacio, ya se lanzaba sobre la tierra a cumplir su misión de muerte y exterminio. El hombre tuvo una angustia en el pecho.

—¡Aquí!—repitió con un clamor inmenso.

Y entonces, súbitamente, retenido por una fuerza sobrehumana, superior a su bárbara fuerza, el corcel se paró en seco, quedó un milésimo de segundo vibrando, trémulo de furor, encabritado sobre los remos traseros, y luego vencido, domado por la mano del Hombre, se despeñó vertiginosamente sobre la aguja de hierro que le atravesaba invencible. Hubo un clamor formidable en el espacio y las nubes abrieron sus cataratas.

En pie, sobre la torre, exultante de alegría, el hombre lloraba y reía como un niño.

VICTOR PEREZ PRATT.

PESADILLA

*Todo se ha hundido en mí de pronto; todo,
En el horror vacío de la Nada...*

*Y mi pobre cabeza fatigada
Da vueltas sin cesar sobre sí misma
Como una extraña rueda descentrada...
Miro en torno de mí, y nada comprendo....
Todo es lo mismo y ya no es más lo mismo.
Estoy perdida en un inmenso abismo....
¿Está todo demás?... ¿O estoy demás?...*

Ah! volverme a encontrar, en mi seguridad primera

*Cuando todo era fácil y sereno!
¿Qué Dios cruel y extrañamente ajeno
Dió vuelta en confusión este tablero
De ajedrez donde ya nada es claro y verdadero?
Otra dentro de mí mi pensamiento
Con obsesión absurda de locura:
Yo no me entiendo más; no entiendo el mundo
Y caigo sin cesar, más hondo cada vez, en un horror profun-
do....*

ESTÁS TAN HONDO

*Estás tan hondo, estás tan hondo,
Que apenas si sospecho en donde estás:
Tu voz lejana y dulce no me llega
Sino como una vaga claridad.*

*Tenaz te busco en mí, hondo y más hondo;
Yo sé que alguna vez has de llegar:
¡ Del abismo sin fondo de mi alma
Alguna vez ascenderás !...*

*Ah ! misterioso Dios que te sepultas
En la más negra oscuridad,
Al traerte a la luz de mi conciencia
Tiemblo de mutilarte en tu divinidad !*

*Estás tan hondo, estás tan hondo
Que a veces pienso que no estás:
De la tortura de buscarte siempre
¡ Alguna vez te apiadarás ?...*

LUISA LUISI.

1919.

EL TEDIO

Un hombre roído por el tedio se presentó una noche en la gruta de un viejo mago, el cual, según se decía, poseía la maravillosa facultad de convertir en sublime una vida vulgar.

—Vengo, oh mago, a que me saques de la espantosa vulgaridad en que vivo—dijo el visitante.—Quiero hacer algo sublime. Concédeme lo que te pido.

—¿Qué acción sublime deseas emprender? ¿Volar hasta las estrellas? ¿Escalar las más altas montañas o hundirte bajo las aguas del océano para sorprender los secretos de sus abismos? Habla de una vez.

—Nada de eso. Quiero la vida natural, no la sobrehumana que ofreces; pero una vida que no sea vulgar ni tediosa como esta mísera que llevo. Quiero otra vida, aunque deba morir dentro de poco tiempo.

—¿Qué has hecho hasta ahora?

—Nada, o, por mejor decir, un conjunto de vulgaridades. Ninguna acción de mi vida es digna de ser recordada.

—Sin embargo, por el sendero de tu vida se cruzaron muchas cosas que pudieron haberla hecho sublime.

—Nunca encontré en el camino de mi vida algo que me llamara la atención.

—Porque tu alma no se fijó en nada.

—Sin embargo, tuve ojos como los demás.

—Ojos que no vieron la vida, como hay muchos; ojos abiertos, pero desdénosos o indiferentes o crueles; ojos claros y limpidos como un agua cristalina, pero sin amor; ojos estériles, muertos para todo lo grande, lo bello o lo magnífico.

—Ojos que no vieron sino vulgaridades.

—Porque no amaron lo creado. Creíste que toda la vida se entraba por ellos, y no fué así. Como los ponías sin tu alma en las cosas y en las personas, las cosas y las personas se te aparecían vulgares.

—¿Entonces lo que existe es vulgar o no según cómo lo miremos ?

—No digo tanto. Pero el encanto de la vida está casi todo él contenido en nuestra propia alma.

—Entonces cámbiame el alma.

—No tienes necesidad de ese cambio.

—Quítame el tedio de mi vida, y dejémonos de filosofías.

—Tu alma, pues, ha tenido tiempo de aburrirse. ¿Qué hacías entonces ?

—Eso mismo; aburrirme.

—No sólo con el puñal o el veneno se atenta contra la propia vida, sino también aburiéndose. El aburrimiento es un suicidio. El bostezo del tedio es una infamia.

—¿Quítame el tedio que me roe el alma !

—No busques fuera de tí lo que está en tí mismo; no culpes a la vida lo que es culpa de tu propia vida.

No bien dijo estas palabras, el mago desapareció.

* * *

Caminando al azar, el hombre roído por el tedio se detuvo a orillas de un arroyuelo que corría entre rocas, saltando en pequeñas cascadas.

—Dulce arroyuelo del camino, ¿podrías concederme lo que el mago me negó ?

—Sí,—le respondió el arroyo—si tu alma corre por entre las peñas de la vida como mi agua pura y cristalina.

—¿Y qué debo hacer para que mi alma corra como tú ?

—Fecundar como yo el suelo que recorres.

Más adelante encontróse con un árbol de lozana fronda.

—Dulce árbol del camino, ¿quieres concederme lo que el mago me negó?

—Sí,—le respondió el árbol—si tu alma acoge como mi fronda los nidos de las abejas.

Encontróse después con una florecilla que estaba escondida en una mata.

—¿Por qué me sacas a la luz?—se quejó ella.

—¿No te agrada la luz?

—Ya hay bastante en mi rinconcito. No necesito más.

Y la florecilla volvió a esconderse en la mata, esparciendo su perfume por el ambiente.

—¿Entonces, florecilla, no querrás concederme lo que el mago me negó?

—Escóndete en tu alma, como yo en esta mata, y verás lo hermosa, lo suave y lo divina que es la vida.....

HORACIO MALDONADO.

LA NUEVA POESÍA

VOZ DE ALERTA

Alerta !

*Los miradores más vigilantes de tu espíritu
como si fueran los sutiles aparatos
localizadores de remotos sonidos
en los campos de batalla de Europa,
los miradores más vigilantes de tu espíritu,
ya te indicarán, oh amigo,
cual es la estrella en el lejano cielo,
cual es la estrella que canta,
que canta para ti !*

Alerta, alerta, jóvenes!

Escuchad ! Escuchad !

*Las estrellas han empezado
a cantar !*

No os tapéis los oídos !

No os tapéis los oídos ! — Escuchad !

Alerta !

*Que tus cinco sentidos
son cinco antenas eléctricas altísimas,
que están frente a los espacios sin límites
en actitud de recibir
los mensajes del Más allá !*

Alerta, alerta, jóvenes !

Anotad !, Anotad !

Las antenas han empezado

a vibrar !
No os crucéis de brazos !
No os crucéis de brazos ! — Anotad !

Alerta !
Están los cerebros
rebosantes de ritmos nuevos
como si fueran aeródromos
repletos de aeroplanos !

Alerta ! Alerta ! jóvenes
Vigilad ! Vigilad !
Las hélices ya han empezado
a girar !
No os quedéis a pie !
No os quedéis a pie. — Vigilad !

EL CORO

I

Yo formaba parte
de un coro de niños.

Era un coro muy bello

Hoy lo recuerdo
con llanto, y sus infantiles me parecen
más claros que los niños que esculpió Donatello.

Aquel coro de niños
cantaba siempre una canción muy vieja
repetida a través de veinte siglos.

Y sin embargo
la estudiaba canción siempre era nueva.

II

*Yo me separé un día
y me puse a cantar sólo y sin rumbo.*

*Después, hastiado de mi pobre canto
quise volver al coro como antes*

III

*La canción, la canción, era la misma...
Pero las voces eran muy distintas.*

*La canción, la canción era la misma.
Pero los niños eran menos niños
y las voces ¡oh, qué disciplinadas!*

Me dije entonces:

*—Tengo que irme del divino coro
Es más bello cantar solo y sin rumbo.*

EL MOTOR

I

*Yo tenía un aeroplano
que nunca volaba más allá
del alcance de mi mano*

*Era una joya complicada
aquella maravilla alada!*

*¡Cómo me hería el ruido misterioso
de su motor cartaginés!*

*El juguete en cuestión
tenía su campo de aviación,
sobre mi corazon.*

II

*Era mío un aeroplano
que nunca iba más allá
del alcance de mi mano.*

*Falló un día un resorte perseguido
y el aparato se vino al suelo.*

*Cayó en el campo de aviación,
Es decir: sobre mi corazon.*

*Allí está enterrado en la carne mía.
—¡ Ay !
Pero el motor camina ¿ me miro ? todavía . . .*

EMILIO ORIBE.

Montevideo 1919.

Las «Últimas páginas» de Rubén Darío

En la revista «Nosotros» de Buenos Aires—«Mercurio» porteño—de que bien puede enorgullecerse la cultura argentina, me encontré, hace meses, leyendo el copioso e interesante número extraordinario dedicado a Rubén Darío, con estos párrafos que transcribo:

«El Figaro», la hermosa revista habanera con la cual «Rubén Darío mantuvo siempre cordialísimas relaciones, «traía en su número del 26 de Diciembre próximo pasado (1915), una delicada página en prosa del Maestro, escrita expresamente para sus amigos cubanos. Presumimos con fundamento que ella sea la última que aquél, «enfermo y viejo, de regreso a su natal León, donde a «poco más de un mes había de morir, escribiera. Página «significativa por que hay en ella una infinita nostalgia «de aquella juventud que el poeta veía ya tan lejana, un «vivísimo anhelo de aquel sol que él tanto amara y que «ahora así descendía y palidecía en su horizonte...»

A continuación, se publicaba la página de Darío, que bien merece los elogios prodigados, pero, que está muy lejos de ser por razones cronológicas que atestiguan su publicación anterior—la última prosa de Darío. Si no me engaño, su última página—oh, ironía!—fue una correspondencia sobre «La crisis en España»; página pobre y sin nada que la perdone o la disculpe, a no ser, las horas tristes de los postreros días del gran poeta. (1)

(1) En «La Nota» de Febrero 19 de 1916, que se edita en Buenos Aires, se publica como el «último del inimitable poeta», un poema de Darío: «Palas Athena», compuesto por Rubén para las fiestas de Minerva que tradicionalmente se celebran en Guatemala.

Es extraña esta « gaffe » de la Dirección de « Nosotros », a quien, por cierto, no ha de dársele uno de los oportunos consejos de Remy de Gourmont al novel escritor. Sin embargo, bueno es hacer notar, que no fué sólo « Nosotros », quien incurrió en la falta. También los escritores españoles, con Marquina a la cabeza, pecaron con el mismo pecado: titularon « Sol de Domingo », al libro de verso y prosa que, como póstumo, « amalgamado como se pudo— al decir de Marquina— de prisa y corriendo, poco después de su muerte » se publicó en Madrid, en 1917. (1)

A todo esto, es preciso demostrar que esa página « Sol de domingo », de la que presumía « Nosotros » *con fundamento*, que fuera la última de Darío, estaba publicada desde varios años antes en la página 64 del muy ameno « Lecturas Literarias »—pésimamente ilustradas por Xandaró, pero lindamente « arregladas » por Amado Nervo, allá por 1906 en Madrid, y publicadas por la casa de la Viuda de C. Bouret en 1910. (2)

Estas páginas de « Sol de domingo », que ahora aparecen con falta de los distintivos esenciales con que fueron publicadas en « Lecturas Literarias »—y posiblemente antes—, eran, al parecer, tres (I, II y VII) de los siete comentarios dedicados por Rubén Darío a la evocación de los lejanos domingos de sol.

Hay algo más aún. Tanto en « Nosotros » como en el citado libro « Sol de domingo » hay un párrafo trunco, que pierde valor de visión. Decía así el párrafo primitivo, en el que subrayo lo que no aparece ni en el libro, ni en la revista mencionados:

(1) « Rubén Darío ». Correspondencia publicada en « La Nación » de Buenos Aires, el 16 de Agosto de 1918.

(2) « Lecturas Literarias ». Tomadas de los mejores poetas y prosistas—españoles e hispano-americanos—y seguidas de un breve juicio explicativo y crítico. Las ilustran numerosas retratos. Arreglólas Amado Nervo. Librería de la V. de C. Bouret. Ver pág. 102.

« Y luego lapidarse han los ramajes; albase y gritase; se ensaya la voltereta o se ejercitan los brazos en mútuos mojicones; o se corre por largas extensiones, hasta llegar a la casa cansado el pecho, roja la color, *en sudor la frente, llenos de sol los ojos, y el traje con rotura o mancha*, a recibir la reprimenda ».

Y a que se dice todo esto ahora, pasado el tiempo ? Porque mañana, sobre el error aceptado en silencio por todos, se pueden formular apreciaciones sobre el estado de ánimo de Rubén en sus últimos días, tal como Armando Donoso, en agudas páginas estudia la juventud de Darío. Por lo pronto la Dirección de « Nosotros » ya las ha formulado en la marginalia transcrita. Cuando haya pasado el tiempo—¿ quién se atreverá a deshacer el encanto de una buena página o el capítulo de un esperado libro, en que se valore y precise la obra de Darío, para quien, la frase de « Rachilde » sobre Verlaine, en el decir de Díez Canedo, es oportuna ? Efectivamente, « abrió las ventanas »; por ellas entró el aire vivificador, limpio de asperezas quintanescas y decadencias siglo XVIII, aún cuando, sobre aquéllas y éstas, supo levantar su castillo, que el « sol de domingo » iluminó con el rosa claro de las auroras y los violetas cambiantes del atardecer. Que sea también un rayo de luz, proyectado sobre su obra, el que se mezcle a la gloria de su sol de domingo.

JOSE PEREIRA RODRIGUEZ.

Salto, Setiembre 1919.

TRANSICIONES

INICIACION

I

*Mediodía estival. — Por el camino
polvoriento discurre la pareja,
ella al desgairé el peplo alabastrino
y él más alegre cuanto más se aleja
de la ciudad. Es la llanura un horno
en que sus carnes el viajero abrasa,
y por entre la ola del bochorno
el vaho afín del sensualismo pasa.*

*Incita a la lujuria y la molicie
la hora tropical, pero no asoma
ni un árbol en la cálida planicie
que circunda la senda monocroma.*

II

*Ya en el confín de la llanura, un valle—
oasis promisor—frescura ofrece
al tránsito viajero, y el ventalle
de álamos y palmeras se estremece.
¡ Oasis promisor ! Va la pareja
hacia él, en busca de retiro y sombra,
y el ansia del recreo se refleja
en sus pupilas, al mirar la alfombra
del suave césped; ambas con premura
marchan, y el sol parece que se apiada*

de su amor, cuando llegan, con la pura
satisfacción de un niño, a la enramada.
Y se dejan caer sobre el mullido
y vasto lecho de sinoble; y luego,
volviéndose al galán, que le ha oprimido
la mano, escucha la doncella un ruego.

III

— Al tálamo nupcial llega, el acento
gárrulo y pertinaz de los gorriones,
mientras en el dosel del firmamento
el sol aplaca sus fulguraciones.

Late doquier el germen de la vida:
en la tierra, en las ramas y en el aire,
y luce entre la veste desconida
la iniciada su encanto y su donaire.

Y embellece el deseo que ella inspira
el desaliño de su cabellera,
y su virginidad mientras expira
entonando el réquiem de la primavera.

IV

Camino del hogar. — Ella suspira
y sus ojos de llanto se han cubierto.
¡Cómo han visto esos ojos la primera
nube sombría en horizonte incierto!

A LUIS G. URBINA

*A su paso por el puerto
de Montevideo.*

*Radian aún en vuestra frente
los luminares del amor.
¡Loores al alma que así siente!
(¿Alma de alondra o ruisenor?)*

*Habéis mirado, sonriendo,
desde la riba, el esplendor
de nuestro parque floreciente...
¡Y os alejáis sin una flor!*

*Bajo la estrella de la tarde
siga el recuerdo vuestro paso,
como una imagen tutelar.*

*Que Apolo, siempre, siempre os guarda.
¡Ay del poeta que en su ocaso
no tiene nada que cantar!*

M. PÉREZ Y CURIS.

POR LA ESPINA EN LA SIEN'

*No es por la gloria esquiva,
Por el aplauso vano,
Que cantamos, señor;
El alma sensitiva
Vuelca fecunda y viva
Como un divino grano
En el surco su amor !*

*La frente pensativa
Se abisma en el arcano
En profunda labor,
La rémige se activa
Y surca arriba, arriba !
El misterio lejano,
Estrafio y tentador !*

*El corazón que liba
Humano, ¡ bien humano !
El odia del dolor,
Siente una ansia expansiva,
Amor ahora le aviva.
Quando sufre es más sano,
Es más ritmo y más flor !*

*No es por la gloria esquiva,
Por el aplauso vano
Que cantamos, señor:
El alma sensitiva,
La frente pensativa,
El corazón humano,
Tienen más alto rol !*

*Más sencillo también:
Se piensa, canta y ama
Por placer, por amor,
Por ensueño y por bien,
Por sabernos mejor,
Por la espina en la sien,
Por arder en la llama
Del divino dolor!*

MONTIEL BALLESTEROS

EL HIJO DE DON RAMIRO

Don Ramiro quedó viudo siendo todavía joven. No lloró mucho la pérdida de su compañera, pero vistió riguroso luto.

Al revés de muchos, a don Ramiro no lo seducían las libertades del hombre soltero. Por eso,—y por consolarse, don Ramiro casóse en segundas nupcias al año justo de muerta su primera esposa.

Y ahora, cuatro años después de haberse casado nuevamente, don Ramiro se ocupaba... de no hacer nada. Vivía tranquilamente de sus rentas que, gracias a la guerra, son cada día más crecidas.

Pero un día—; oh, fatalidad!—fué turbado infame-mente el blando reposo de don Ramiro.

La causa fué esta esquila del director del colegio de X: « Juan, su hijo, ha desaparecido esta mañana del colegio. Supongo que se encontrará en su casa. Luego le daré detalles ».

¡Caramba! Don Ramiro saltó del sillón, frunció el entrecejo, apretó los puños...

Aunque parezca mentira, don Ramiro había echado en olvido aquel hijo de su primer matrimonio. ¡Hacía tanto tiempo que no lo veía! Desde su nuevo enlace lo había puesto en el colegio. Al principio, el niño iba los domingos a ver a su padre. Pero Lucía, la nueva esposa de don Ramiro, no veía con buenos ojos estas visitas. El niño dejó de ir. Por su parte, don Ramiro nada perdió con ello. No tenía por su hijo un gran cariño... Quería hacerlo doctor, ingeniero... Nada más.

El director del colegio de X le había hablado varias veces de Juan. Era inteligente, aunque estudiaba poco.

Pero lo que inquietaba al director—y ahora lo recordaba con espanto don Ramiro—era el carácter violento del niño que llegaba a manifestarse por la menor injusticia cometida en clase con él o con cualquiera de sus compañeros.

—Le aseguro que si no fuera su hijo...le había dicho el director en cierta ocasión.

Y don Ramiro, que tenía fama de severo, se propuso ser más severo que nunca esta vez.

* * *

Aquí tenemos a Juan, un muchachito de quince años, pálido, delgado, alto, con una hermosa cabellera rubia y unos serenos ojos azules que, según alguien dijo, son símbolo de energía.

Contemplándolo, no puede uno hacer otra cosa que echarse a reír. ¡ Con que este muchachito insignificante es el que ha puesto en revolución a todo el colegio de X! ¡ Con que es este el terrible indisciplinado de que nos hablaba el director del colegio !

¡ Dios mío ! El semblante de este niño sólo delata bondad, cariño...

Pero don Ramiro no piensa así. Bajo esa falsa modestia, bajo ese semblante melancólico, don Ramiro descubre el misterioso lazo sanguíneo, la herencia fatal de aquel su hermano, autor de tres atentados...

—El mal hay que cortarlo con tiempo,—piensa el padre de Juan.

* * *

—Si, papá,—dice Juan con su voz dulce de niño—le estaban pegando a Carlos. Me dió lastima. Quise abrir la puerta y no pude. Grité, nadie me oía de la calle. Entonces... hice eso... regué con kerosene la puerta... encendí un fósforo...

—¡ Jesús ! ¡ Eres un criminal !

—Pero...

—¡ Fuera de aquí, monstruo !

Y el pobre niño se alejó, derramando lágrimas de dolor y de ira.

Don Ramiro, aterrado, mientras esperaba al director, se puso a pensar en el castigo «ejemplar» que merecía el muchacho.

* * *

¡Pobre Juan! Tres días ha que se encuentra encerrado en un altillo, sin sol, sin libros, sin tener un amigo a quién contar sus penas. Su carácter no se dobla. Apenas salido del despacho de su padre, se arrojó sobre un lacayo que pretendía cerrarle la entrada a una mendiga.

El director ha dicho de Juan cosas horribles. Se le encontraron en el colchón libros «peligrosos»; frecuentemente había que castigarlo por hablar a sus compañeros de «cosas prohibidas», por querer organizar pequeños motines, etc.

—Ese niño no está bien, don Ramiro—dice el director. Convendría que lo mandara a un Sanatorio. Me inclino a creer en un desequilibrio nervioso. No puede ser que siendo hijo de padres tan distinguidos...

—Sí,—dice el padre de Juan.—Esta tarde veré al doctor Lagos, un alienista amigo mío, y que se lo lleve. No puedo tenerlo aquí; nos injuria, tira la comida, no quiere lavarse...

Y el humo de los habanos disipa un poco la preocupación de ambos.

* * *

Juan se encuentra ahora en el Sanatorio del doctor Lagos. Pero ¡ay! después de lavarlo, peinarlo y repetirle por última vez que Cristo fué crucificado por la maldad de los hombres, el niño ha empeorado.

El distinguido alienista ha perdido toda esperanza de salvarlo. Es incurable.

Lo más lamentable de todo es que don Ramiro ya no puede disfrutar tranquilamente de sus rentas y suele levantarse, por las noches, presa de horribles pesadillas ..

HIELO

*Tiene que estar la vida quieta como la muerte
Y dentro de mi alma, como un lebril ten-saa,
Buscarte mucho tiempo para que puedas verte
Entre las densas brumas donde sepulto o estás.*

*Durante largos años me acongojó tu suerte
Y al hallarte tan frío, tan sólo, en esa peras,
Apretada a mi pecho tu pobre pecho inerte
Y te decía: espera, que al fin despertarás...*

*Y el cielo, a cuyos ámbitos mi esperanza volaba,
Era como una patria donde soñaba un día
Eternizar tu vida tan bella y tan fugaz...*

*Mas hoy, a qué buscarte, pobre amor, así hasta el cielo
Me dice: nada aguardes, soy solo un fr.Égil celo,
Lo que en la tierra muere no resucita más!*

DOLOR

*Busqué, busqué, busqué... Tras una fe'uente anduro
Cuyas linfas me dieron nueva fé, nueva + vida.
Cuando quedó mi carne de tanto andar venenosa
Sutilizé mi espíritu hasta trocarlo en nubes.*

*Subí, subí, subí... Sobre la cumbre exultante
Donde las aves práceres levantan su guarida.
Y más alto: en la clara montaña presentida
Donde tan solo el vuelo de la plegaria sube.*

*Y como sin hallarlas tornara el alma mía
Rompi todas las defensas que en su interior había
Y luego, inmensamente, lloré, lloré, lloré...*

*Y cuando entero en lágrimas se abrió mi cuerpo magro
Me sentí,—; fueron ellas las linfas de milagro!,—
Todo limpio de sombras, todo nuevo de fe.*

JOSE MARIA DELGADO.

GLOSAS DEL MES

Los juegos florales del Salto.

La ciudad del Salto, con el prestigio solar de sus blasones, acaba de celebrar unos juegos florales de carácter nacional, que sino los primeros, pueden y deben justipreciarse como de los más brillantes que se hayan realizado en la República.

No lo dice nuestro salteñismo latente,—sino que lo proclama la evidencia imparcial de los hechos, el éxito resonante del certamen, y las fiestas sociales de esplendor y belleza en que culminó el torneo, con toda pompa realizado.

En apenas dos meses de cartel, difundido con urgencia, improvisando muchos detalles y yendo contra muchas circunstancias,—el grupo iniciador de los juegos florales, fué tan entusiasta, tan activo, tan característicamente «salteño»,—que más de ciento treinta concursantes,—poetas y prosistas,—se presentaron a la justa,—y la otorgación de los premios dió lugar a fiestas realmente encantadoras,—espacios, cualquiera de ellas, de ser galardón de un pueblo o de redimir la vida de la ciudad más prosaica del mundo.

Como bajo el imperio de una Clemencia Isaura invisible, la pintoresca ciudad del litoral exaltóse de aladas gracias y eurytmicas bellezas, circundóse de rosadas rosas y fragantes azahares, sintió por sus vergeles pasar a las princesas y les hizo corte de amor y de vasallos, mientras pajes y trovadores rimaban al dulce son de sus mandolinas las canciones triunfadoras, desgranadas como flores de luz en la sala ateneida de la tarde o en el jardín феérico de la noche.

La república no ha visto todavía una ciudad así, conmevida de poesía y belleza durante una semana, como si suyo fuera el privilegio académico, la gracia encantada, el don divino.

Una ciudad es una cosa casi siempre profunda y complicada como una fronda. Dentro del radio municipal se compliegan las almas y las calles, se diversifican las intenciones y las perspectivas, se entrecruzan los trascúntes y las ideas. La comunidad social en múltiples de las fisionomías y en los pensamientos, tanto como es idéntica para el destino y para la ley. Por eso resulta progresista y leal, cuando una ciudad tiene un anhelo unánime y hace una labor conjunta, con armonías y con afán. Síntema maravilloso de aspiración.

va, ese anhelo o y esa labor, representan la cultura de un pueblo, que no es más que el engrandecimiento por la producción de las cosas humanas, el perfeccionamiento por el trabajo, y la evolución por la capacidad para el esfuerzo y para la comprensión.

Y cuando como en este caso, más que de otra cosa, se trata de comunidad de serentamientos, unificados en el aire por la simpatía de los hombres, la cultura de la ciudad hace una conquista definitiva, purificando, embelleciendo, idealizando la vida y la tierra.

Los juegos florales significan para la ciudad del Salto, florecimiento de cultura, exaltación de belleza, comunidad de delicadeza espiritual, triunfo del amor y de la juventud, gloria del idealismo y de la ilusión, comunión estética de los corazones.

Y la ciudad escolar por excelencia, se levanta a la consideración nacional como la primera en la voluntad y en la realidad, en el amor a la belleza y en la preferencia al arte, en la pasión ética y estética de delinear para siempre, al flanco de sus columnas verdes y junto al rumor fluvial de el Uruguay romántico, la ciudad del porvenir, bella y feliz, al amparo e idealista de sus hujos.

Quizás, —sartísticamente considerado,—el certamen no tuvo la proporción intelectual que deseáramos, lo que dió lugar evidentemente, a que algunas de las composiciones premiadas no sean de oro musical ni tengan la prestina fragancia del corazón,—las dos virtudes esenciales de la poesía. Pero es justicia reconocer circunstancias inmediatas y momentáneas rodeando las determinaciones del jurado, apremiada al fin de no hallar entre toda la labor presentada un poema definitivo o un madrigal verdadero.

La poesía nacional, y esto es indudable, está como detenida, como esperando algo o que no llega,—y apenas si dos o tres poetas recién venidos,—insisten en sus claras veces de cristal y plata.

La ausencia al torneo de muchos nombres consagrados, es otra circunstancia digna de mencionarse,—para que resalte más la dolorosa verdad, de que en este país convulsionado de presalmo y de politiquería,—cortan hoy laureles para uno y en seguida eso se convierte en candidato electoral o se aburguesa en un empleo público,—y con la tranquilidad del presupuesto o con el envasamiento político se murieron las musas y se secaron los laureles.

Pois apesar de todas esas pequeñas resistencias, en un día se contra el entusiasmo. La ciudad del Salto se anima y se levanta a la condecoración luminosa de ciudad permanente, hermosa y con sus propios.

Tomen ejemplo el Salto,—y surva de estímulo propio,—para que en el campo azul e de sus montañas de flores y de flores, no dejen...

ca de florecer en una eterna primavera las gloriosas rosas victoriosas de sus gayas ciencias y sus líricos afanes.

En esta hora confusa y sin valores de la vida nacional,—el bello gesto del Salto,—como en tantas otras veces,—se convierte líricamente en un derroche de rosas y mandolinas sobre toda la República, florecida y musicalizada como una floresta del mediodía, por obra y gracia de ese generoso y siempre joven entusiasmo salteño, que hace de puro espíritu las casas de ladrillos, y vive de sol, de azul, de amor, de ideal, como una colmena inquieta de rutilantes abejas provenzales....

«Pegaso» ha visto con la efusión de las cosas más gratas a su alma, esa nueva expresión de la cultura intelectual salteña,—y noble es decirlo,—aunque parecieran cohibirnos un poco ciertas razones personales,—celebra con júbilo la gloria de ese triunfo feliz y engrandecedor, que puede reportar tanta luz en el trillo diario de nuestra civilización.

TELMO MANACORDA

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Campo Argentino. — Versos por FERNÁNDEZ MORENO. — Buenos Aires 1919.

En este nuevo libro Fernández Moreno ratifica, subrayándolas más todavía, tendencias y orientaciones que lo han singularizado en el ambiente artístico de su patria.

El campo argentino, a donde ha ido el poeta, después de soñar un año entero en la ciudad, cansado de oír que «eso de hacer versos no da para comer y que lo importante es el puñero...—le sirve, no obstante, para reincidir en su bello pecado y continuar, *quand même*, dándonos en lenguaje rítmico sus impresiones.

«Labrar la blanda tierra y cuidar de los corderos» es un santo propósito, pero por más dispuesto que se encuentre Fernández Moreno para realizarlo,—y Dios quiera que lo realice a su entera satisfacción, jamás he de ser en él más que un motivo para cantar, como lo fué el tranvía eléctrico, el escaparate de las tiendas, el café bohemio, en la ciudad; como lo fué el amor y el pueblo provinciano y como será todo lo que vea y sienta en cualquier paraje de la tierra a donde lo lleven las necesidades de la vida, porque, antes que nada, es un poeta.

Fernández Moreno en la joven generación lírica argentina, es, tal vez, el que más ha conseguido individualizarse. Sus versos tienen un sello tan genuino que aún que no les pusiera la firma al pie lo delatarían claramente. Estamos lejos de suponer que lo original sea lo—más bello, pero revela siempre un poderoso temperamento, es una nueva ventana abierta desde la cual se podrán ver panoramas inferiores a los conocidos, pero que, en cambio, renuevan los prestigios del arte con el encanto de la novedad. En materia artística nada cristaliza. Las leyes solo pueden ser inmutables en el mundo físico, único capaz de dar verdades absolutas, pero a la idea, al sentimiento, a la sensación, es imposible señalarles pauta.

Fernández Moreno tiene su manera de ver, de sentir y de expresar las cosas.

De su verso están desterrados la sфонía, la cadencia, el pulimento, el método. Las palabras de su lenguaje tienen poco valor, son, a veces, rípidas, chocantes, prosaicas, pero, en cambio, expresan rectamente el pensamiento y hasta parecen condescindir con el *ámbito silvestre* en que han sido escritas. Su estilo, puesto que es la negación de todo

estilo, es precisamente un estilo. De esto se deduce que Fernández Moreno está a cien leguas de ser un orfebre del idioma, pero es un hombre a quien, con toda seguridad, Diógenes saludaría con respeto.

Hay en « Campo Argentino », miles de cosas que se le podrían reprochar, según el modo como cada cual entienda el arte. Personalmente, creemos que muchos de sus composiciones nada dicen, ni suscitán, ni reflejan, y puesto que ni siquiera tienen vigor formal, hubieran podido ser suprimidas del libro sin que la Poesía se ofendiera.

Para nosotros la virtud esencial y lo que verdaderamente le da derecho a Fernández Moreno para ocupar un puesto de privilegio en la lírica americana es su poder de síntesis.

Ocho palabras le bastan para expresar un drama, o sugerir un poema, o retratar el estado actual de una civilización, o pintar un paisaje.

Dice: « un camino en mi tierra argentina parte de una tranquera al infinito ». ¿ Puede darse más concretamente una idea más amplia de la extensión de un territorio ?

Frente al hombre recio que nació pobre y se labró con su brazo una posición envidiable, exclama: « tómame de peón ». Pocas maneras más gráficas de decir al mismo tiempo tantas cosas. Admiración por la voluntad, reconocimiento de la fortaleza ajena y de la propia debilidad, himno y súplica...

Viendo un cura sobre la inmensa esmeralda pampeana: « ¿ qué hace esta mancha negra sobre este campo verde ? ». No es necesario utilizar mucho para darse cuenta de la extensión y la inquietud filosófica que encierra esa breve interrogación.

El ruso Pipkin, el judío Levy, el lusitano Pintos, Goñi el español y él, hijo de Buenos Aires, están en fraternal conversación y el mismo sol, en la misma tierra, les pone a todos la misma máscara de oro. Nada más dice el verso, ni nada más necesita para expresar el cosmopolitismo argentino, la igualdad y la fraternidad que son galardones de su espíritu republicano y hasta la alegría y la confianza que parecen surgir, naturalmente, en una tierra próspera y sin prevenciones. — J. M. D.

El amigo Obirel. — Novela por FRANCISCO CAMBA. — Madrid 1919

Al igual de su hermano Julio, Francisco Camba es un danés escritor y ahí están sus crónicas ingeniosísimas para probarlo. Con « Los nietos de Icaro » nos ofreció un relato lleno de interés y si en este nuevo libro el asunto novelesco es más endable, la destreza del artista triunfa más holgadamente. Un lenguaje claro y florida malta la poesía de los paisajes gallegos y esmalta el reflejo de las pasiones. Camba no se esfuerza porque destaquen los personajes secundarios.

que esboza con bazarria o gracia. Su desvelo, su esfuerzo mayor—lo dedica a pintarnos al amigo Chirel y a Fernanda, que es un arquetipo de la mujer española, capaz de pecar, pero sin prostituirse como las féminas de otras razas más refinadas. Un exceso de análisis, por nuestra parte, destrozaría la novela, esta amena novela que hemos leído con la más viva curiosidad. En efecto, el marido de Fernanda, en fuerza de cándido, nos resulta risible. ¿Cómo, sin ser sandio, es tan confiado? Pero... no sutihcemos. Conformémonos con el libro que se nos brinda tal como es: muy entretenido, muy bien escrito, muy pintoresco. La vida de Galea se entrevéé jugosa, sin deformaciones a lo Valle Inclán. Es lástima que nada nos diga Chirel de sus andanzas en América, en esta América que Francisco Camba bien conoce, pues que actuó en el periodismo bonaerense. Chirel, tipo novelesco cuando no lo enfrentamos, se comporta en la novela como un hombre cualquiera. ¿Es esto un defecto o acaso la mayor victoria de Camba? Confesamos nuestra perplejidad — V. A. S.

• **El cultivo de la Superioridad desde la cuna.** — Por J. FERRANDO CARBONELL.

En este trabajo—presentado por su autor al 2.º Congreso Americano del Niño—se aboga por el cultivo de la individualidad integral de cada organismo desde la cuna colocándole—para ello—en condiciones de medio que favorezcan sus inclinaciones y desarrollo propio y no usando los medios prohibitivos o represivos tan comunes en los sistemas educacionales corrientes.

Se debe tratar de adaptar cada organismo al medio desde la cuna y no de desadaptarlo.

Partiendo de esta tesis—con la que estamos plenamente de acuerdo—desarrolla una serie de ideas en lo tocante a crianza, higiene y educación muy interesantes—y una teoría propia sobre lo que el autor llama la inmunidad específica. Dejando de lado la consideración de esta teoría es indudable que la luz, el aire, la alimentación bien condicida, el cultivo de las excitaciones propias a cada organismo y de la vocación etc., deben ser las bases de una educación racional para el cultivo de la Superioridad desde la cuna. Esta educación racional debe ser enseñada a las niñas en las Escuelas Superiores en cursos de Puericultura cuidadosamente preparados, ya que las niñas deben ser más tarde futuras madres y que a las madres corresponde la educación integral de sus hijos. El autor aboga por la creación de estos cursos—bien hechos—y de un Consejo Nacional de Madres encargado de inspeccionar esta enseñanza.

Felicitamos sinceramente al autor por su trabajo. — A. B.

Rubén Darío en Costa Rica. — Trabajos periodísticos recogidos por TEODORO PICADO. — San José de C. R. 1919.

Apenas se extinguió la vida del ruiseñor nicaragüense, sus detractores dejaron de combatir la obra multiforme del poeta en tanto los panegiristas zureñan los más desmedidos elogios glorificando al autor de «Azul». Este folleto que cae en nuestras manos no es una apología precisamente. Ruben Darío llegado a Costa Rica en 1891, en un vapor de proscriptos políticos, se incorpora a la prensa de aquella república e interviene, con su pluma, en cien debates más o menos importantes. Son artículos ligeros, crónicas apresuradas, cuentos sin trama, trabajos de escasa monta pero que presentan la promesa de esa gran realidad que fué Ruben Darío con el andar de los años. No fueron rosas todas las que cosechó Darío en Costa Rica, viéndose en la necesidad de sostener polémicas en las que aparece el autor de «Prosas Profanas» más vibrante y valiente de lo que era luego, cuando vino al Río de la Plata. El abúlico sustituyó a un luchador de no flojo temple, en virtud de esos episodios en que suele ser pródiga la vida. Nos consuela ver discutido al gran Rubén por escritorzuelos de tres al cuarto. De todo ello sacamos provechosa lección lo que aún soñamos con la gloria, sin pensar que es muy fácil que esta desdeñosa dama no se acuerde para nada de nosotros. — V. A. S.

Los Niños Bien. — Novela picaresca, por VICENTE A. SALAVERRI Montevideo 1919.

El autor nos da con este libro una nueva prueba de su laboriosidad y de su fino espíritu de observador.

Los niños bien aparecen en esta obra tan maltratados, que al final del libro se siente una impresión de lástima y repugnancia a la vez.

Y uno se pregunta: si el desconcertante autor de «Los espectros», en un momento de mal humor, propuso que los periodistas fueran tratados como *ánima vile* y sustituyeran a los conejos y a los cuises en las experiencias de laboratorio! ¿qué pedir para estos frutos híbridos de la raza, para estos supercivilizados cuyo hnaje, por desgracia, es ya, en nuestro medio, densa tribu?

El libro alcanza en cuanto a realismo el máximum de vigor, tanto que no es difícil descubrir quiénes son sus protagonistas. Asimismo está escrito en fluida prosa y revela un propósito moral digno del mayor aplauso.

Lo único que puede sentirse es que Salaverri no sacara todo el jugo al tema y nos haya dado solo un bosquejo, en vez de la novela hecha y derecha que hubiera podido hacer. — J. M. D.

Distantia. — Versos por ERNESTO MORALES. Buenos Aires 1919.

El poeta ha encontrado para su libro un título que le sienta a maravilla. Diáfano, en efecto, es todo en él, la idea, el ritmo, el léxico . . .

A Ernesto Morales no tortura, afortunadamente, el afán de llamar la atención por hiperismos sentimentales, ni por malabarismos fraseológicos, ni por rarezas de ninguna especie.

Canta simplemente, ingenuamente estaríamos por decir, tanto que, a veces, da la impresión de estar frente a un niño de alma precoz a quien cualquier cosa exalta o deprime y quese expresa en términos acalantes e imprecisos todavía, mas lleno de una profunda sinceridad.

La naturaleza parece ser lo que hace vibrar más bellamente las cuerdas de su lira. Sus «Églogas», para nosotros lo más noble del libro, tienen un singular sabor buflórico y se nos antoja que por esa vía hallará el autor los definitivos frutos venideros. — J. M. D.

«**Terra Convalescente.**» — Versos de MANSUETO BERNARDI. — Porto Alegre 1918.

Conociamos de este poeta riograndense algunos poemas publicados en 1917 en las páginas del Almanaque del Globo editado en Porto Alegre. La oportunidad de llegarnos amablemente dedicado por su autor el último volumen de versos, — «Terra Convalescente», — nos da ocasión de renovar nuestras simpatías por la literatura brasileña, que en estas tierras jóvenes de América da óptimos frutos de oro.

Mansueto Bernardi, a pesar de la juventud de que alguna vez alardea, es un poeta enfermizo, verlainiano casi, noctálgico siempre, que concreta una vez más, y acaso excesivamente, la tristeza de los poetas brasileños de que habla Bilac.

Bajo un pórtico tan severo como aquél «todo na vida e sombra e se mover» entramos al jardín invernal de este poeta «convalescente», — jardín casi todo nublado, florecido de pesimismo, donde al crepúsculo melancólico el seda triste lee a : Antonio Nobre, Raimundo, Olavo, Alberto de Oliveira . . .

Alguna que otra ocasión fulge una página solar, que en la umbría del libro tiene al alma y el aspecto de esos soles crepusculares que doran y brillan inopinadamente después de los días de lluvia.

Lo demás es tristeza de vivir, ansias de estar enfermo siempre, — «me incomoda la luz, me hiere el viento», — deseo inmenso de morir-se, desesperación, desengaño, ganas de irse por los caminos vestido de lina y de silencio; tarde de brumas, amor en la muerte, temer en la vida . . .

A lo sumo, — «un milagro de sol doira as paisagens . . .

No alcanzamos en este libro de versos toda la sinceridad que queremos en los poetas verdaderos y que se necesita primordialmente para triunfar del tumulto de las voces del mundo con claros acentos definitivos.

«Terra Convalescente» parece ser un volumen escrito bajo la tutela anormal de un dios triste, luego de una penosa enfermedad.

No quiere decir esto que el libro no tenga versos hermosos, no. «El cántico de la montaña» puesto al amparo de D'Annunzio, — «alla montagna debbo ritornare», — «Vigilia ardiente», — «Tierra convalescente» que da título al volumen y que es una canción de primavera, — «Encanto de una voz de mujer», — «A Franz Von Vecsey», — «Mora-Amor», — «Exaltación», — todavía, — y algunas más quizás, son dignos de un poeta consagrado.

Recordamos a este propósito, — y nuevamente, — «Exaltación», canto a la impaciencia, a la esperanza, a la voluntad, un poco inclinado hacia el lado triste de las cosas asimismo, por constante inclinación del poeta, — pero bello y armonioso, de ensueño y de poesía, como cuando el poeta se siente lleno de luz o quiere sabullir perezosamente las manos en pedrerías...

Confiamos en que Mansueto Bernardi crecerá pronto, y acaso de golpe, en el mundo poético de su patria, donde voces tan altas y tan hondas han clamado poesías eternas. — T. M.

Adolfo Agorio. — Boceto de crítica por AGUSTIN M. SMITH. — Montevideo 1919.

En un estilo personal y propio, Agustín M. Smith, que es un trabajador silencioso y entusiasta, nos ofrece un elegio más que una crítica de la obra de Adolfo Agorio.

Hay comentarios interesantes en algunas de las páginas de este folleto, destinado a leerse profusamente en nuestro mundo intelectual.

Claro que nosotros entendemos la crítica literaria en otra forma, pero la labor de Smith no puede por eso perder su valor intrínseco, — que lo tiene y no hay duda. — T. M.

«La novela áurea». — De JOSE ENRIQUEZ BODO, con un elogio preliminar de ENRIQUE POTRIE. — Número 2 de las Ediciones Minerva de Maximine García. — Montevideo 1919.

Al dedicar este número de las Ediciones Minerva «al ilustre maestro que murió caro a los dioses inmortales», ha hecho muy bien Potrie en precederlo de su elogio, ya que a estas horas le figura al autor de Ariel este siendo objeto de bromas críticas desde el delfín solar al quien su prosa tanto Avencuelda. — T. M.

CAMAS Y MUEBLES DE BRONCE

Higiénicas

Sólidas

Eternas

Precios mínimos

Calidad

máxima

— Soliciten Catálogo Ilustrado —

BARANDAS

VITRINAS

Instalaciones

BRONCERÍA

EN

GENERAL

PRIMERAS FÁBRICAS

SUD-AMERICANAS

"Adolfo Gutman"

BUENOS AIRES

ROSARIO

MONTEVIDEO

Exposición, Ventas y Administración

AV. 18 DE JULIO 874

Teléfono 3213 Central

TALLERES: Juan C. Gómez 1479

COLCHONES

DE LANA

Y ORIN

ELÁSTICOS

METÁLICOS

Renovaciones y composturas
Niquelados, Dorados, etc.

CAMAS DE ACERO ESPECIALES PARA CAMPO
ED. DE HIERRO

Doces, Coronas, Galerias

EL CRITERIO FISIOLÓGICO

Ensayos de orientación social.

SANTIN C. ROSSI

EL DIBUJANTE JUAN M. BRESNES IRIGOYEN

J. M. FERNANDEZ SALDAÑA
EN VENTA EN TODAS LAS LIBRERIAS

EL HALCONERO ASTRAL

POESIAS
Emilio Oribe

LAS LENGUAS DE DIAMANTE

POESIAS
JUANA DE IBARBOURU

RODÓ Su vida - Su obra.
VICTOR PEREZ PETIT

LOS NIÑOS BIEN

Novela Picaresca
Vicente A. Salaverri

PROCESO HISTÓRICO DEL URUGUAY

HILBERGO ZUM BELDE

EL RELIQUARIO

POESIAS

JOSÉ MARIA DELGADO

En venta en las principales librerías